

PERMANENCIA DE GABRIEL MIRO

LOS cien años transcurridos desde el nacimiento, en Alicante, de Gabriel Miró, lejos de velar su obra, la hacen más lúcida, más intensamente hermosa y acendrada, porque el tiempo sembró en ella emoción y fragancia.

La obra mironiana nació bajo un cielo clásico, y no se alimentó de vanos esteticismos e idealismos, sino que, por el contrario, creció desde las hondas raigambres de la vida. De aquí, su doble carácter de permanencia y actualidad: triunfo sobre el tiempo; victoria sobre el instante. La explicación se halla en las palabras dichas por Azorín, tras la lectura de *Años y Leguas*: "...por primera vez, oídlo bien, las cosas alcanzan en el arte su máxima vitalidad, su máxima plenitud". De modo tan sencillo como profundo, el autor de *Castilla* descubrió las constantes de un estilo personalísimo y la original sustancia de una concepción estética, distinta, en su raíz, de cuantas la precedieron, por lo que *Años y Leguas*, "no sólo es una obra capital en nuestras letras, sino que marca una época en nuestro pensamiento literario".

Meditemos en el juicio de Azorín y destaquemos de inmediato esa unidad conseguida entre el ser real y el axiológico, fundada en que "las cosas alcanzan en el arte su máxima vitalidad". Ello supone que la vida no discurre por cauces ajenos a los artísticos, sino que, transcendentemente, ella misma es fuente de todo arte. "La fantasía más inflamada —escribió Miró— se alimenta siempre de realidades", recordándonos, en el orden literario, que "la abundancia y flexibilidad idiomática, la agudeza y pulidez del sentimiento



se logran con el seguido estudio y detenida visión de la vida que va mondándonos de nuestra natural rudeza". La vida es el ser, y el arte, una de las manifestaciones de ese absoluto. En virtud de tales supuestos, las ideas y principios estéticos "no se sienten en abstracciones, sino que han de referirse a una figura, han de humanarse, para, después, abrirse más allá de nosotros".

No otra es la filosofía de Miró, germinada en entrañas de purezas y cordialidades. Frente a cualquier racionalismo, aducirá nuestro escritor: "No es sana ni consoladora, ni justa doctrina fundida en frío en la turquesa del cerebro, y que no chupe la dulce y fuerte savia que sube de la hondura del corazón". Tan humanizado como humanizante vitalismo informa toda la vida y obra de Miró. Lo artístico, emanado de la corriente vital, instaura la verdad y la belleza en el ser. Nace de la temporalidad y se goza en lo permanente, y, por lo tanto, el arte puede ser contemplado a la luz de dos dimensiones: objetiva y subjetiva. Según aquélla, consiste "en apoderarse de una parcela del espacio, de una hora, ya permanente por la gracia de una fórmula de belleza"; según ésta, "es un estado de felicidad que se crea en nosotros sin motivos concretos de nuestra vida, es no perdernos del todo para nosotros".

La obra artística, pues, superior a las fuerzas del espacio y del tiempo, es unidad compensadora de realidades, en cuyo seno lo actual se transfigura en atemporal, infundiendo en las cosas las máximas vitalidad y perfección. El ente artístico es un absoluto, y no entraña más compromiso que el de no perdernos nosotros para nosotros mismos. "Se es artista porque se es. Un padre carmelita leyó un libro mío, y me dijo: "¿Qué se ha propuesto usted demostrar al escribirlo?. Yo no me había propuesto nada. "Piense en la responsabilidad que usted tiene". Lo pensé, y no sentí ninguna; ni siquiera la de ser mejor o peor. El que no escribe o no pinta o no esculpe mejor es porque no puede".

La estética mironiana se funda en leyes de necesidad metafísica. La palabra, dicha artísticamente, se confunde con el ser y lo revela. Ontológicamente, la palabra "resucita las realidades, las valora, exalta y acendra". Nombrando al ser, la palabra alumbró su onticidad, doctrina desarrollada más tarde por Martín Heidegger. Pero, además, la palabra artística desenvuelve un peculiar horizonte afectivo: "hay emociones que no lo son del todo hasta que no reciben la fuerza lírica de la palabra, su palabra plena y exacta". Y, como, según hemos visto, lo artístico es lo que más nos personaliza, se infiere que la palabra es de suyo "la más preciosa realidad humana." En la palabra se encuentran todos los planos de la realidad. Y así volvemos a la



teoría de lo absoluto, ya que, en Miró, con frase de Casaldueiro, "materia y espíritu forman una unidad". No hay distinción real entre sensualidad y espiritualidad.

Cuanto antecede se deriva del *sigüencismo*, concepto que contiene toda la doctrina estética mironiana. Sigüencismo es la victoria literaria sobre el Modernismo, gracias a una concepción espiritualista de lo vital. El sigüencismo participa en gran medida del hilozoísmo y radica en un "asimiento con lo creado"; mejor, en "un íntimo y claro coloquio" de nuestra alma con la Naturaleza. Nupcias cuasi místicas entre el hombre y la tierra como término de una lucha de amor, que hizo de Miró "el mejor poeta de la Naturaleza que ha vivido en nuestro siglo", a juicio de Pedro Salinas.

Lo que llamamos Amor y Vida son dos aspectos de la Naturaleza, única realidad. Y el hombre es tanto más perfecto cuanto más compenetrado está con la Naturaleza. "Lo que pido —dice Miró— es el hombre sin Ángel de la Guarda, a la derecha, ni Demonio, a la izquierda. El hombre cara a cara de sí mismo; que le duela el pecado por haberse ofendido a sí mismo; que le resuene toda la naturaleza en su intimidad". Este humanismo de claro tinte existencialista lo encontramos también en el campo de las sensaciones, anunciando las tesis que luego habría de sistematizar Maurice Merleau-Ponty.

Arte, psicología y metafísica resultan, en Miró, formalidades de un mismo objeto y sujeto a la par: la Naturaleza.

Enero 1979.

